



LA CAPILLA DE SAN SEVERO EN NÁPOLES.

La capilla de San Severo no se halla abierta todos los días al público, porque es un oratorio privado. En otro tiempo se la dió el nombre de Santa Maria de la Pietà: fué construida en el año de 1390, y adornada en una época mas moderna con mármoles y esculturas que decoran los sepulcros de la familia de los príncipes *di sangri*. El bajo relieve del altar mayor representa el Calvario y el Crucifijo, y es una obra muy apreciada de Francisco Celebrano. Pero tres estatuas, mas caprichosas que bellas, que existen en dicha capilla, llaman sobre todo la atención del viajero. La una, considerada como la obra maestra de Gucciolo, representa á un hombre (se dice es el padre del príncipe Raimundo de Sangro) que trata de salir de las redes del pecado; las mallas de la red estan trabajadas en la misma pieza de mármol que la figura; el cincel ha hecho dibujos con tanta paciencia y maestría,

ha dado giros tan felices, que parece ha tenido la pretension de mostrar la vida bajo las redes que envuelven á tan notable estatua.

TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO XVII.

AUTORES DE TERCER ORDEN.

LOS FIGUEROAS.—GODINEZ.—ENCISO.—COELLO.—VILLAYZAN.—HERRERA.—SALAS BARBADILLO.—SOLÓRZANO.—ZABALETA.—CANCER.—VILLAVICIOSA.—REYES.—MUGET.—VELEZ, HNO.—MAESTRO LEON.—SALAZAR.—MONROY.—BOCANGEL.—SOR JUANA, etc.

En la série de artículos que venimos consagrandó al estudio de nuestro inmortal teatro español del siglo XVII, han ocupado hasta 20 DE MARZO DE 1855.

ahora nuestra pluma tan solo los grandes maestros, justamente reputados como colosos del arte;—Lope de Vega y Calderon, Tirso de Molina y Rojas, Moreto y Ruiz de Alarcon;—ó aquellos de sus mas felices imitadores, que por la multitud de sus obras dramáticas y por la importancia relativa de ellas estan considerados como buenos autores de segundo orden. En este número comprendimos á Montalvan, Velez de Guevara, Guillen de Castro, Mira de Mescua, Cubillo, Matos, Belmonte, Leiva, Mendoza, Zárate, Hoz y Mota, Diamante, Solís y Candamo, que son los que dejaron un repertorio propio y bastante apreciable para formar parte de una coleccion escogida de nuestro teatro.

No fueron, sin embargo, solos aquellos célebres autores los que trabajaron para él con éxito y nombrada en el gran siglo de nuestra escena, y mas especialmente en la mitad aproximada de él, que ocupó el trono español un monarca entusiasta por las letras y las artes, á los que no desdeñaba dedicar á las veces su misma pluma y su pincel.—A su imitacion y estímulo, todos los hombres de letras que produjo aquel fecundo siglo, todos los políticos cortesanos, y tambien toda la muchedumbre de osadas medianías, se lanzaron á la escena en busca de los laureles, de los aplausos y del favor cortesano que abrumaban ya con su peso las frentes de Lope y Calderon.

Interminable seria pues nuestra tarea, si pretendiésemos llevar nuestro estudio hasta el extremo de abarcar en estos artículos la reseña individual de aquella inmensa multitud de escritores, que pasan de algunos centenares; de aquella innumerable cantidad de obras dramáticas, que aun hoy nos han llegado impresas hasta el número de algunos miles.

Sin embargo, no creemos estralimitarnos de nuestro objeto de dar á conocer en globo lo que constituye la principal riqueza del teatro español, y aun creeríamos no haber cumplido hasta donde alcanzan nuestras escasas fuerzas con ese mismo propósito, si no hiciéramos escepcion de algunos de estos autores que pudiéramos llamar *de tercer orden*, para consignar sus obras y los méritos que las avaloran y las hacen distinguirse aun entre la turba multa de escritores adocenados.—Aquellos pues que merecen á nuestros ojos esta honrosa distincion, son los que van señalados á la cabeza de este artículo, y de que vamos á ocuparnos hoy.

D. DIEGO y D. JOSÉ DE FIGUEROA y CÓRDOBA eran dos hermanos, discretos poetas andaluces, que, ya juntos en uno, ya separadamente, escribieron muchas comedias con bastante éxito, y en las cuales efectivamente revelan dotes nada comunes de ingenio y gracejo; especialmente el D. Diego se distinguía por su mayor suma de invencion y de agudeza, si hemos de atendernos á las comedias que corren impresas con solo su nombre, y singularmente á la titulada *Todo es enredos, amor y diablos son las mugeres* (falsamente atribuida á Moreto), y cuyo lindo argumento sirvió evidentemente al autor del *Gil Blas*—sea quien fuere—para trazar uno de los mas lindos episodios de su libro cuarto, ó sea la aventura de los amores de Doña Aurora de Guzman y D. Luis Pacheco. Verdad es que (segun el erudito anotador del *Gil Blas*, el señor Castro) pudo FIGUEROA haber tenido presente para la invencion de su comedia la vida de la célebre poetisa sevillana Doña Feliciano Enriquez de Guzman, quien parece que efectivamente estudió en Salamanca vestida de hombre, en persecucion de ciertos amores.—Hay quien atribuye tambien á D. Diego la discreta comedia de Canizares, *La ilustre fregona*; pero suponemos que es una equivocacion, ó que acaso pueda ser otra del mismo título que tambien se achaca á Lope de Vega. Entre las que corren con el nombre de ambos hermanos, son ciertamente notables, y pudieran merecer los honores de ocupar un puesto en el teatro de segundo orden, las tituladas *Pobreza, amor y fortuna*, y *Mentir y mudarse á un tiempo*. En ambas brilla una ingeniosa intriga, unos caracteres delicados y un estilo fácil y correcto, esmaltado á las veces por chistes muy oportunos. Sirvan de muestra de este estilo de los dos hermanos FIGUEROAS los siguientes, tomados, el primero de aquella comedia, y el segundo de la titulada *Leoncío y Montano*.

Pero dime, hombre del diablo,
¿amor gastas cuando pienso
que no tienes hasta ahora
con que hacer rezar un ciego,
y que te hallas como ciertas
mugeres en santo tiempo?
Cuando estás hecho pedazos
y se te caen por momentos
el humillo á los zapatos
y las alas al sombrero;
cuando tus medias por puntos
se van de carrera y presto,
y te ponen de cuadrado

aunque estés de fino recto,
¿has dado en enamorar?
Eso no, señor Don Diego;
no me engañan correrías;
refrene sus movimientos;
porque las señoras damas
que se usan en estos tiempos,
solo son tratables con
genoveses ó flamencos.

Oye, que decirte intento,
Pascuala, sin darte enfados,
lo que pasa á los soldados
que van á su alojamiento.
Llegan cuanto á lo primero
al huésped, y fanfarrones
á las primeras razones
le pescudan si hay dinero.
Visitan luego en creyentes
los corrales y cocinas,
y hacen pascua de gallinas
como Herodes de inocentes;
sin que se reserve en suma
sola un ave de sus manos,
porque sin ser escribanos
se sustentan de la pluma.
Requiebran á todo ruedo,
y de su manifiatura
no hay labradora segura;
comen y beben sin miedo,
con que al partirse sin pena
suelen dejar sus desvios,
los huéspedes muy vacíos
y las huéspedes muy llenas.

COMEDIAS

DE LOS HERMANOS FIGUEROAS.

A cada paso un peligro.
Dama (la) capitan.
Hija (la) del mesonero.
Leoncío y Montano.
Lealtad en las injurias.
Mentir y mudarse á un tiempo.
Muchos aciertos de un yerro.
Pobreza, amor y fortuna.
Rendirse á la obligacion.
Sirena (la) de Tinacrio.
Todo es enredos, amor y diablos son las mugeres.
Vencerse es mayor valor.

Otro de los mas infatigables dramaturgos de aquella época fué el doctor FELIPE GODINEZ, de quien decia Montalvan en su *Para todos*: «Tiene grandísima facilidad, conocimiento y sutileza para este género de poesia, particularmente en las comedias divinas, porque entonces tiene mas lugar de valerse de su ciencia, erudicion y doctrina.» Efectivamente, la mayor parte de las que aun conocemos de este autor, pertenecen al género místico, como puede verse por los títulos que abajo insertamos. Los argumentos estan tomados en la Sagrada Escritura como *Las lágrimas de David*, *El divino Isaac*, *La reina Esther* y *Aman y Mardoqueo*. Esta última especialmente, mas conocida con el título de *La horca para su dueño*, está bastante bien escrita, y en ella hay desenvueltos pensamientos elevados en versos fáciles y correctos como el siguiente:

Delante del rey Asuero
preguntó Aman á Solon
si podia haber (pues él era
despues del rey el mayor)
otro mas dichoso que él.
—Mas dichoso, respondió
el filósofo, fué Teba,
que fué gran despreciador
de los bienes de la tierra.—
Despues de este, replicó
el mismo Aman, ¿quién ha sido
el mas dichoso?—Otros dos,

(dijo Solon) que dejaron
no solo la posesion,
sino el afecto á esos bienes. —
Y Aman dijo:—¿Y no soy yo
dichoso tambien?—Entonces
Solon alzando la voz,
dijo:—Poderoso eres,
y rico, dichoso no:
que hasta el término en que para
esta carrera veloz
del vivir, nadie hay dichoso,
y tú, Aman, aun vives hoy.

En la que lleva el extraño título *O el fraile ha de ser ladrón ó el ladrón ha de ser fraile*, y no es otra cosa que un episodio de la vida de S. Francisco de Asís, pone en boca de este santo la siguiente parábola:

Cierto labrador cogia
mucho trigo; y otro á quien
le cundia menos bien,
con la envidia que tenia
le puso pleito, en que dijo
que no daban la mitad
aunque eran de igual bondad
las tierras de su cortijo;
y que lindando las unas
con las otras, sin encanto
era imposible que tanto
distasen ambas fortunas.
Y así, que aquel labrador,
con sus hoces esquilaba
todo el campo, y malograba
á los demás su labor.
Fué á su casa sin tardanza
el acusado hechicero
y trajo todo su apero
y gente de su labranza.
Y en fin, por dejar conculca
la demanda de una vez,
«Vea, vea (dijo al juez)
este apero quien me acusa.
Valientes bueyes de arada
traigo, buen ganado, rejas
que rompen bien, y sin quejas
familia bien sustentada
que trabajan bien conmigo
porque á su tiempo les pago;
son hechizos que yo hago
para coger mucho trigo.

En la de *La Virgen de Guadalupe* y en la de *Aun de noche alumbraba el sol*, (una de las pocas que no se ocupan de asuntos religiosos, y que sin embargo nos parece acaso la mejor de GODINEZ) dicen los grandes los dos cuentos siguientes:

¿Veis dos mugeres que lavan
cuando una sábana tuercen,
que torciendo á un tiempo entrambas
cada una de su parte
la suelen dejar sin agua?
Pues así son los letrados,
que al cabo de la jornada
ayudando uno á una parte
y otro á la parte contraria,
como á sábanas los dejan
torcidas y sin sustancia.

Era un cura, gran tahir,
pero tan poco devoto,
que por jugar no rezaba:
el obispo escrupuloso
supo el caso: llamó al cura
y díjole con enojo:—
¿Qué es esto? ¿Cómo no reza?
Y el cura sin alboroto
respondió:—«Señor ilustre,
ya he probado con anteojos
y no veo.»—Aquí el obispo
replicó luego:—¿Pues cómo

vé á jugar y no á rezar?
Y él respondió presuroso:
—Hágame á mí cada letra
Usia como el as de oros
y leeré el libro del rezo
como el de cuarenta y ocho.

COMEDIAS

DEL DOCTOR FELIPE GODINEZ.

Adquirir para reinar.
Acertar de tres la una.
Aman y Mardoqueo, ó la horca para su dueño.
Aun de noche alumbraba el sol.
Basta intentarlo.
Cautelas son amistades, ó lo que merece el soldado.
De buen moro buen cristiano.
Divino (el) Isaac.
O el fraile ha de ser ladrón, ó el ladrón ha de ser fr.
Primer (el) condenado.
Rey (el) mas arrepentido.
San Mateo en Etiopía.
Trabajos (los) de Job, y prueba de la paciencia.
Virgen (la) de Guadalupe.
Celos son bien y ventura.
Ha de ser lo que Dios quiera.
Lágrimas (las) de David.
Ludovico el Piadoso.
Milagrosa (la) elección.
Provecho (el) para el hombre.
Reina (la) Esther.
Soberbio (el) calabrés.

Tambien D. DIEGO JIMENEZ ENCISO, caballero del hábito de Santiago, y á quien Garcia de la Huerta llama equivocadamente Bartolomé, fué un célebre autor dramático en la primera mitad del siglo, y mereció que Montalvan le consignase, en su *Para Todos*, este obligado encomio: «No ha menester mas elogios en esta parte que su nombre, y »decir que escribió *Los Médicos de Florencia*, que ha sido pauta y ejemplo para todas las comedias grandes.» Efectivamente, aunque posterior á esta produjo otras piezas dramáticas, su fama principal debió consistir en ella; y no ciertamente porque mereciese la calificación de Montalvan, sino por lo bello del argumento, el tono elevado que en toda ella reina, la rotundez y armonia de los versos, gran parte endecasílabos, y cierta pretension en fin á la regularidad y majestad de la tragedia clásica, que dan á conocer los buenos estudios de Jimenez Enciso, de quien tambien puede citarse otra comedia notable por mas de un aspecto, la de *El príncipe D. Carlos*, en la cual estan retratados este desgraciado príncipe y su padre Felipe II con colores bien distintos de los que solian prestarles los poetas cortesanos del tiempo de su nieto.

COMEDIAS

DE D. DIEGO JIMENEZ ENCISO.

Casamiento (el) con celos, y Rey D. Pedro de Aragon.
Engañar para reinar.
Encubierto (el).
Juan Latino.
Mayor hazaña (la) del emperador Carlos V.
Mayor desgracia (la) de Carlos V, y conquista de Argél.
Médicos (los) Florentinos.
Santa Magdalena.
Valiente (el) sevillano.
Celos (los) en el caballo.
Príncipe (el) D. Carlos.
Quien calla otorga.

D. ANTONIO COELLO, á quien Huerta en su estremada ligereza llama D. Luis, fué natural de Madrid, hijo de Juan Coello Arias y de doña Melchora de Ochoa, doméstico del duque de Alburquerque, y sirvió bajo sus órdenes con el grado de capitán de infantería, mereciendo ser honrado por S. M. con el hábito de Santiago, y el nombramiento de ministro de la Real Junta de la Casa de Aposento. Murió en Madrid y en la casa del mismo duque, calle de la Almudena, frente á las consistoriales, en 20 de octubre de 1632, siendo sepultado en el convento de la Victoria. Fué un poeta muy distinguido y celebrado en su tiempo; mereciendo

la mas estrecha amistad de Lope de Vega, que le dedica un pomposo elogio en su *Laurel de Apolo*; de Montalvan, que decia de él que «con sus pocos años desmentia sus muchos aciertos, y que empezaba por donde otros habian acabado»: de Calderon y de Solis, en cuya colaboracion escribió la comedia de *El Pastor Fido*, siendo suya la segunda jornada, acaso la mejor de la misma; y finalmente, del mismo monarca, á quien suele atribuirse por tradicion—no sabemos con qué fundamento—la comedia que corre impresa con el nombre de Coello, y lleva por título *El conde de Essex*, ó *Dar la vida por su dama*, que indudablemente es una misma, y fué impresa en el libro titulado *El mejor de los mejores* (que es la parte sesta de varios) en Madrid, 1653.—No sabemos por qué razon los señores Jovellanos y Ochoa las suponen distintas, ni en qué fundan tampoco la suposicion de ser obra de Felipe IV; por lo demás, dicha comedia ó *tragedia lastimosa*, como la intituló su autor, gira sobre el conocido argumento del conde de Roberto de Evreux, que ha dado motivo á tantas piezas inglesas y francesas; pero que, prescindiendo de cierto interés y algunos buenos trozos en la versificación, pasaria desapercibida en el inmenso repertorio de nuestra escena, á no haberla designado los criticos tan augusto origen. El señor Gil y Zárate señala justamente la mas bella escena de esta comedia (que despues ha sido imitada por alguno de los primeros dramáticos modernos) cuando la reina va á la carcel á ver al conde y le da una llave para que huya, no atreviéndose á perdonarle como soberana.

CONDE... En fin, ¿la reina no puede usar de piedad?

REINA..... No puedo.

CONDE..... Pues si no puede la reina doblarse al llanto y al ruego, una muger á quien yo di la vida, por lo menos, no dejará de mostrarse pagándome con lo mismo agradecida.

REINA..... La reina

no puede, que de ese empeño desobligacion ha sido el haberos dado medio para huir de la justicia.

CONDE..... ¿Y eso es agradecimiento de quien me debe la vida?

REINA..... No soy yo; pero supuesto que fuere yo, ya cumplí pagando con lo que os debo.

CONDE..... ¿Solo don darme esta llave?

REINA..... Sí, conde, solo con eso.

CONDE..... Luego está, que si camino abriere á mi vida abriendo, tambien le abrirá á mi infamia: luego esta que es instrumento de mi libertad, tambien lo habrá de ser de mi miedo; esta que solo me sirve de huir, es el desempeño de reinos que os he ganado, de servicios que os he hecho; y en fin, de esa vida, de esa que teneis hoy por mi esfuerzo; en esta se cifra tanto; pues vive Dios ¡estoy ciego! que he de hacer que si quereis tenerme agradecimiento y darme la vida, sea por otro mas noble medio; y si no que pueda á voces quejarme al mundo, diciendo: que no pagais beneficios, que de los reales pechos es la mas indigna accion.

REINA..... ¿Dónde vais?

CONDE..... Vil instrumento

de mi vida y de mi infamia, por esta rejá cayendo del parque, que bate el río entre sus cristales, quiero si sois esperanza, hundiros; caed al húmedo centro donde el Támesis sepulte mi esperanza y mi remedio. No quiero huyendo vivir. (*Arroja la llave.*)

REINA..... ¡Ay de mí! mal habeis hecho.

CONDE..... Sed agora agradecida:

ya os he quitado este medio de agradecerme y librarme.

Ahora, ahora os acuerdo servicios y obligaciones, que es forzoso, no teniendo aquel que me estaba mal, buscarme otro modo nuevo de librarme, ó ser ingrata.

REINA..... Ser ingrata escoger quiero.

Sin vida estoy, que ese modo solo, á pesar del respeto os supo hallar mi piedad.

CONDE..... ¿Luego he de morir?

REINA.....

Es cierto:

yo hice por vos cuanto pude, á pesar de lo severo.

Como muger os libraba;

como reina no me atrevo.

COMEDIAS

DE D. ANTONIO COELLO.

Arbol (el) de mejor fruto.

Adúltera (la) castigada.

Arcadia fingida.

Amiga (la) mas verdadera, y virgen del Rosario.

Carcel (la) del mundo.

Dar la vida por su dama, ó el conde de Essex.

Dicho y hecho.

Dos Fernandos (los) de Austria.

Esclavo (el) de la fortuna.

Escudo (el) de la fortuna.

Lo que pasa en una noche.

Peor es urgallo.

Privilegio (el) de las mugeres (con Rojas y Velez).

Lo que puede la porfia.

Por el esfuerzo la dicha.

Robo (el) de las Sabinas.

Yerros de la naturaleza, y aciertos de la fortuna.

(Continuará.)

R. DE M. ROMANOS.

FRANCISCO PIZARRO Y CRISTOBAL COLON.

(Continuacion.)

V.

LOS ESPAÑOLES EN EL NUEVO MUNDO.

Dos dias han trascurrido, y vuelven á empezar las murmuraciones y los insultos de la tripulacion contra su jefe.

Este entre tanto, siempre tranquilo y sereno, pero al mismo tiempo vigilante y activo, estudia el cielo, el mar y los vientos.

¿Qué le importan los dicharachos de los marineros? Dentro de veinticuatro horas estarán á sus piés.

Ayudado de Francisco Pizarro acaba de arrojar la sonda, y ha encontrado fondo á las veinticinco brazas. Entre los pescados de todas clases que habitan en aquellas aguas, ve pasar uno semejante á los que cruzan los mares de Europa, y que nunca se alejan mucho de las rocas: los vientos al mismo tiempo llevan á bordo de la caravela emanaciones que anuncian á todo marino experimentado la proximidad de la tierra.

Ya han cogido del mar una caña recientemente cortada, un pedazo de madera pulimentado, un ramo de espino con su fruto: los mas incrédulos sienten despertarse su curiosidad y desvanecerse sus temores.

Antes de concluirse el tercer dia, Colon, lleno de confianza, anunció la inmediata aparicion de una costa.

En pié sobre el castillo de popa, sus ojos se clavaban en el horizonte, y á pesar de la oscuridad de la noche dirigian sus visuales con tenacidad hácia el Occidente.

A las diez se estendió su brazo con un movimiento nervioso hácia Francisco.

—Jóven, le dije, ¿nada ves?... ¡Una luz!... ¡Allí!

—Sí, sí, la veo: ya estais salvado.

Rodrigo Salcedo, el contralor de la escuadrilla, y otro oficial, acudieron al llamamiento de su jefe. Los tres divisaron en el horizonte aquella luz, que cambiaba de sitio, como si alguno la llevase en la mano.

Parte de la noche trascurrió, y durante ella avanzaron los buques con la mayor precaución; pero á las dos de la mañana un hombre de la *Pinta*, que navegaba á vanguardia, gritó:

—¡Tierra! ¡Tierra!

Al despuntar el día vieron una isla como de unas veinte leguas de longitud: era una de las que hoy se llaman Lucayas; pero los naturales la conocían por Guanaham.

Cristóbal Colon, en memoria del peligro que había corrido tres días antes, la dió el nombre de *San Salvador*.

Nuestros lectores conocen la historia del gran descubrimiento del marino genovés, y saben que la tripulación de la *Santa Maria* se arrojó á sus pies pidiéndole que perdonase su premeditado crimen.

Tampoco hablaremos del asombro que experimentaron los naturales de la isla al ver los buques españoles, que al principio tuvieron por monstruos marinos, ni de la admiración de los europeos al contemplar aquella naturaleza tan rica y tan nueva para ellos.

Baste añadir á todo lo que contiene la historia de los viajes, que cuando se tomó posesión de *San Salvador* en nombre de sus majestades católicas los reyes de Castilla y de Aragon, Francisco Pizarro llevaba la bandera española, pues el gran almirante quiso recompensar su fidelidad y el servicio personal que le había prestado, confiándole la enseña de una heroica monarquía, que se enseñoreaba de un Nuevo Mundo.

Francisco no volvió con Cristóbal Colon á Europa, sino que después del descubrimiento de Cuba y de la Española, hoy Santo Domingo, quedó en esta última isla, que vió en su suelo la primera colonia española establecida en América.

En su tercer viaje acompañó á Colon, y entonces vió la tierra firme desde las costas del golfo mejicano hasta la embocadura del Orinoco: tambien concibió en dicho viaje el proyecto que ejecutó después.

Las exigencias del servicio volvieron á separar al almirante de su discípulo: ya no debían encontrarse otra vez en la tierra.

Calumniado Cristóbal Colon, fué conducido á Europa bajo el peso de una acusación capital, que sufrió ahogado: poco trabajo le costó justificarse, y emprendió su cuarto viaje al Nuevo Mundo. Pero allí, además del sentimiento que le causó el ver que daban á la tierra por él descubierta el nombre de Américo Vespucio, mercader de Florencia, le disgustaron tanto las exigencias de los advenedizos que llovían de España para ocupar los primeros puestos, y que temían se apoderase del mando superior, segun le correspondia por el derecho de prioridad y por el del talento, que regresó desalentado para morir en España, disponiendo que se enterrasen en su modesto sepulcro los hierros que habían martirizado sus miembros durante su encierro.

Pizarro mientras tanto, convertido en un oficial intrépido sobre todo encarecimiento, seguía á Nuñez de Balboa en su exploracion al mar del Sur, y dirigía apesadumbrado ávidas miradas á las magníficas riberas del Perú, que la expedicion costeaba sin detenerse en ellas, y que él se proponía volver á encontrar, aunque mas adelante.

El ambicioso jóven soñaba en efecto con el título de almirante, y tal vez con el de virey, concedido ya á muchos capitanes, y á fin de conseguirlo no se proponía nada menos que conquistar un imperio entero para la corona de España.

El año 1519 había trascurrido; Hernan Cortés había conquistado á Méjico, y una noble emulacion agitaba el corazon de Pizarro, que era ya capitán. La posesion del Perú era su único é invariable pensamiento; pero obstáculos casi insuperables se oponían á sus intentos y paralizaban su arrojó. En vano se había asociado con dos hombres tan emprendedores como él, á saber, Diego de Almagro, oficial aventurero, y Fernando de Luque, sacerdote italiano: estos tres valientes amigos, aunque apoyados por el gobernador de Panamá, solo pudieron reunir ciento doce hombres y un buque.

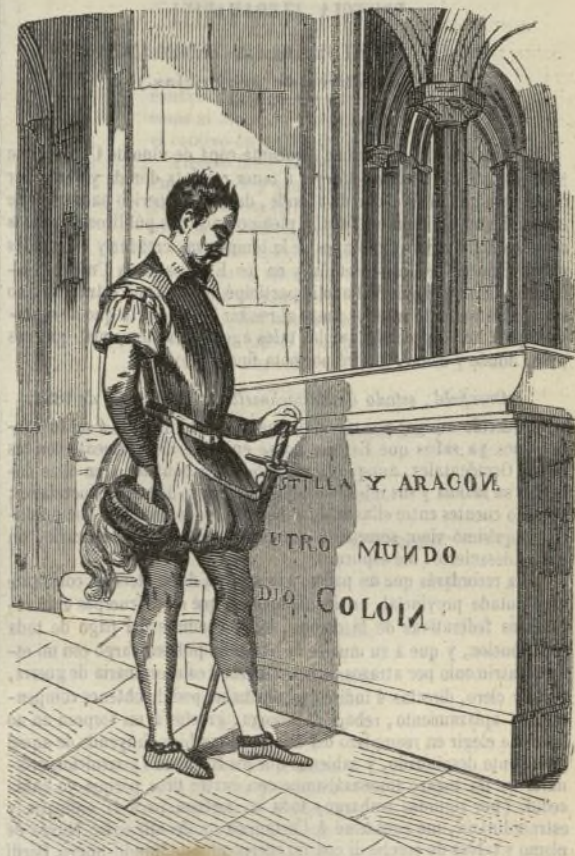
Con tan débiles recursos salió Pizarro en descubierta, y bajó desde Panamá á lo largo de las costas del mar del Sur. Fernando de Luque debía permanecer en Panamá y velar por los intereses de la sociedad, así como Almagro quedaba encargado de llevar refuerzos á la expedicion.

El denodado capitán, después de arrostrar peligros sin cuento, dificultades inauditas y terribles combates, se reunió con Almagro, que no había sido mas dichoso que él: ambos prosiguieron su camino y llegaron casi hasta Quito, donde las riquezas que se presentaron á su vista no escitaron sus deseos: mas viendo tan débiles, tuvieron que aplazar su proyecto de conquista.

Al mismo tiempo que esto sucedia, fué relevado el gobernador de

Panamá, y su sucesor, lejos de aprobar los designios de Pizarro, le envió órdenes para que se volviese.

Pizarro no quiso obedecerlas, y observando que parte de los suyos se disponia á abandonarle, se adelantó á ellos con toda la energía de su carácter, y trazando sobre la arena una línea con su espada, mandó que los que no quisieran seguirle pasasen al lado opuesto. Esta firmeza no alcanzó la recompensa debida; pues únicamente trece españoles y un mulato permanecieron fieles á la constancia que todos le habían jurado. A pesar de este contratiempo, persistió en llevar adelante la empresa; pero ¿qué podía hacer con catorce hombres aun cuando fuesen los mas arrojados del mundo? Almagro le llevó algunos refuerzos, y ambos avanzaron hasta Tumbez. La ciudad era magnífica y encerraba inmensos tesoros, pues los instrumentos mas groseros eran de oro y de plata.



Por segunda vez, faltos de recursos, se vieron en la necesidad tristísima de renunciar á la conquista, y Pizarro volvió después de tres años de ausencia á Panamá, cuyo gobernador, rehusando concederle el menor auxilio, á pesar de las grandes noticias que el héroe extremeño daba del nuevo imperio, resolvieron los tres asociados que él mismo pasase á España á solicitar poderes del emperador Carlos V.

VI.

VUELTA Á EUROPA.

Mas de treinta años habían trascurrido desde que el pastor Francisco había salido casi desnudo del campamento delante de Granada: nadie seguramente hubiera conocido al apuesto caballero, al bravo capitán que se presentó en la corte del gran Carlos V.

Fueron tan persuasivas las razones de Pizarro, y supo manejarse con tanta habilidad, esponiendo el brillante cuadro de las riquezas del nuevo país que había explorado, y cuya conquista, segun aseguraba, debía llevarse á cabo fácilmente, que concluida la audiencia imperial, obtuvo con el título de capitán general de todas las regiones que conquistase, la autorizacion necesaria para reclutar hombres que cooperasen á su empresa.

Había llegado al término de sus deseos, y se mostraba impaciente por trasladarse al Nuevo Mundo: con todo, retardó su partida, impulsado por un deber que anhelaba cumplir su corazon agradecido.

Consistía en una piadosa peregrinacion, y así se dirigió á Sevilla.

No bien hubo llegado á la ciudad, cuando entró en la catedral, registró escrupulosamente sus naves, y por fin descubrió un humilde sarcófago, indicado apenas por una piedra, en la cual se leían estas únicas palabras.

A Castilla y Aragón
Otro mundo dió Colon.

Aquel era el único monumento fúnebre que España había levantado á la memoria del hombre que había descubierto para sus monarcas la region más opulenta del globo; el único epitafio que inscribió en la tumba del navegante, que obtuvo el pomposo título de Almirante del Océano, así como los mas positivos de gobernador y de virrey, con un poder absoluto sobre todas las tierras que llegase á descubrir.

(Concluirá.)

EPISTOLA ULTRAMARINA DE UN APÓSTOL DE LA TEMPLANZA. (Costumbres de provincias.)

A MI AMIGO D. A. P.

Saboreando entramos una riquísima copa de vino de Ubeda, que bien pudiera ser *Chateau-Margot* á tener rotulada dorada y venir por mano de algun falsificador de allende, decía V., querido paisano, que estrañaba no tuviesen en España plenipotenciarios públicos ó agentes secretos las diversas sociedades de la templanza, creadas y extendidas en el reino de la Gran-Bretaña y en los Estados de la Union. Paladeando un bizcocho de Valladolid participé de la misma estrañeza, no sin contentamiento interior; mas al recibir hoy la carta que de seguida copio, he sospechado que los tales agentes existen, mal que nos pese: dónde y cómo, lo diré por nota final.

Orenfield, estado de Massachusetts, á 15 de julio de 1852.

«Querido amigo: por la via de Inglaterra ha llegado á mi tu carta, pues ya sabes que España no se entiende directamente con las Indias Occidentales, aunque las descubrió y conquistó, y en ellas dominan su idioma y sus rebeldes hijos. Me alegro de tus prosperidades; pero no cuentes entre ellas la de haber comprado una viña que producirá riquísimo vino: semejante adquisicion es, por el contrario, un grave desacierto: me explicaré.

»Ya recordarás que mi padre, á la sombra de su eleccion constante de diputado provincial, en los tiempos en que estos cuerpos eran repúblicas federativas de la corona, logró evadirse del pago de toda contribucion, y que á su muerte la hacienda pública cargó con mi escaso patrimonio por atrasos de la ordinaria y extraordinaria de guerra, culto y clero, directas é indirectas, sin haber podido obtener compensacion, aplazamiento, rebaja ni prórroga, gracias á mi torpeza en no hacerme elegir en reemplazo del difunto. Pues bien, huyendo de aquel intendente despiadado, y sabiendo que los facciosos (guarnicion ordinaria de mi lugar) amenazabanme con cuatro tiros porque yo habia cedido (por riguroso embargo) toda mi fortuna para la ordinaria y extraordinaria, me encaminé á Cartagena, y de allí entre barras de plomo y tablas de corcho di con mi cuerpo en este Mundo-nuevo. Perdí mis últimos recursos en las sucesivas quiebras que hicieron las honradas casas de Boston, donde los reparti; me refugié á esta ciudad viviendo del arte de curar, porque aqui no se necesita título para ayudar á morir bien ó mal á cualquier doliente, y con el objeto de singularizarme y de prosperar algun tanto me hice filántropo y humanitario.

»Doce años han pasado, y ya puedo invertir tres mil duros en el gasto reproductivo de publicar todas mis curas en los periódicos de las cinco partes del mundo, y otros tantos en anunciar un famoso específico, curacion pronta y radical de setenta y dos enfermedades heterogéneas, compuesto de mas ingredientes que la triaca magna, y entre los cuales dominan, por la cantidad, el agua del rio que pasa por esta ciudad y la barina del maíz. Además soy presidente de la sociedad de la Templanza en este Estado, donde he conseguido de las autoridades que se impongan gravosos impuestos sobre la cerveza comun, que es la bebida del pobre, y algunas rebajas en los arbitrios que pesaban sobre el rom de Jamaica, el vino de Chipre y otros licores delicados, que aunque se consumen mucho por las clases acomodadas, es segun tenemos entendido para ciertos experimentos sobre el somnambulismo á que se dedican despues de comer. En cumplimiento pues de los sagrados deberes que la presidencia de tan distinguida asociacion me impone, paso á ocuparme de tu viña, convencido de que me dispensarás este preámbulo que justifica lo sincero y laudable de mis intenciones.

»Inútil es que me detenga en consideraciones sociales y humanitarias: tú, preocupado contra los adelantamientos morales del siglo, has sostenido siempre que la caridad es el sentimiento que debe fo-

mentarse en las almas cristianas, y que la filantropía y el humanitarismo son tan insuficientes y tan frios como el culto de la razon de donde parten; me ceñiré por esto á consideraciones económicas y á datos estadísticos incontrovertibles, argumento de moda y sólido en extremo para todos los que nos adoramos y glorificamos en nuestra hacienda.

»Una viña es un cáustico, una sanguijuela, una cantidad negativa en el caudal de todo ciudadano español. El dorado racimo que en cestillo de mimbres sombreado de pámpanos te presenta el casero ó capataz, y que saboreas como si te hubiese caído del cielo, es para tí mas costoso que la piña de Indias ó los higos de Corinto; el balsámico y añejo trago que tomas en tu bodega con el escanciador de plata vale mas que el hatchis ó el almibar de Guayaba; mejor fuera para tu hacienda que bebieses perlas disueltas en vinagre como Cleopatra, que no fabricar de tu cuenta aguardiente y licores.

»Ven acá, mal aconsejado y testarudo amigo, ¿no te ha costado veinte mil reales esa maldadada viña? En esa provincia, donde no hay monte de piedad, ni caja de ahorros, ni pósitos, sino entre las garras de los ayuntamientos, ni banco agrícola, ¿no te hubieran valido esos dineros un sendo veinte por ciento y te los habrían quitado de las manos besando estas al recibirlos? Me dices que bien puede producir mil arrobas de mosto, que convertidas en vino valen hasta ocho mil reales; y concediéndote para el majuelo una fertilidad como la de la cepa de M. Audibert, ó la de la parra de Hampton Court (1), aun sales cargado en costas: ¿has puesto el debe al lado del haber? Apunta, suma, resta, y tiembla por el patrimonio de tus hijos.

»Viña sin casa y casero es moneda de plata en puerta de escuela. Honrado y celoso ha de ser el capataz; dos jayanes temporeros de Santiago al Rosario te la han de guardar con su escopeta, su licencia y su banda; y así todo, entre las uvas que se comen los guardianes y los peones (que serán las mas), las que consumas tú, tu parentela y amigos (que serán las menos), las de invierno y las de regalo, las quebranta-tinajas, las agrillas, las tintas, las que salpique el transeunte, por aquello de:

Flerida para mí dulce y sabrosa,
mas que el racimo del viñedo ajeno;

las que devoran las zorras y los perros que las ahuyentan, las que desgranar los conejos, y las que pican los tordos y las perdices, te quedará una cosecha mediana, si no eres solo en el pago.

»Si necesitas casero, cobra á toda prisa la casa, y no te dejes seducir por tu muger, ni por el parásito que te acompaña, porque tendrás que construir un palacio con jardines y juegos de agua, y con mas comodidades que tu casa propia. En el campo se edifica con arenas de oro; suben los jornales, suben los portes; y las reparaciones, esa polilla de la riqueza urbana, son ordinarias. Instala al casero que te llevará crecida soldada por habitar el piso que destinabas á tu descanso; que se comerá las frutas de la buerta, talará las flores, se beberá el vino, consumirá la leña, mermará tus gallinas y el palomar, y desherá la cerca para cazar conejos, siendo en compensacion tu enemigo pagado, aconsejándote mil barbaridades y dando conversacion perenne á los trabajadores en vez de dirigirlos y estimularlos.

»Y la finca no produce, si no la cabas, la binas, la despampanas, la podas, la deshorquillas si es vieja, y se pierde si no echas mugrones. Luego la vendimia, la pisa, la prensa, el trasiego, el arroje, el clarificarlo y el cabecearlo. Esto es lo ordinario, viniendo todo á pedir de boca y saliendo libre de contratiempos la bodega; pero un año si y otro no y á temporadas el de en medio vendrán hielos en marzo, y no recogerás ni sarmientos para hacer la colada; granizo en abril, que te podrá el majuelo á pedradas; calores en junio, y al cerner se abrasarán las flores; solanos en agosto, que harán de los racimos escobajos; lluvias en setiembre, que te pudrirán el fruto; escasez de jugos en octubre, y será madera lo que recolectes; y en todos tiempos honguillo blanco y negro, polvillo y polvazo, y además las enfermedades que á cada variedad son peculiares; y ya recordarás lo que dice Virgilio:

*Quem qui scire velit, Libyci velit æquoris idem
Discere, quam multa zephîro turbentur arenæ
Aut ubi navigiis violentior incidit Eurus
Nosce quot Jonii veniant ad litora fluctus* (2).

(1) M. Audibert dice haber visto una cepa que habia producido trescientas cincuenta botellas de rico vino: estaba en el departamento de Gard, en Francia, y abrazaba con sus sarmientos una gigantesca encina. Del parral de Hampton-Court se cuenta que daba cuatro mil racimos. Un día los actores del teatro de Drury-Lane, habiendo representado muy á gusto de Jorge III, pidieron por única gracia algunos racimos de esta parra, y el rey les concedió cien docenas, si las habia. El jardinero cogió este número, y envió á decir al soberano de Inglaterra que podia disponer de otros tantos racimos sin esquilmar la parra.

(2) *Georgicon* lib. II. En comprobacion de esto, y por mas que esta nota sea inoportuna, diré que á principios del siglo el célebre agrónomo Bosc fué encargado por el gobierno francés de contar las variedades de la vid en Francia, y solo en los plantíos de Charteux y del Luxemburgo observó mil y cuatrocientas.

O lo que es lo mismo, que contar las clases de vides es como contar las arenas de la Libia, ó las olas del mar en día de tormenta.

«¿Tienes ya el vino? Pues necesitas bodega con tinajas del Toboso ó de Lucena, ó maderera de Málaga. De cinco vasos uno te se volverá vinagre, otro heces, y de las restantes alguna te se ha de abrir como una granada, y estotra tomará un husmillo al que hacen asco los catadores de fama.

—«Riquísimo vino, color de ojo de gal'o, espirituoso, trasparente como el topacio, del que S. Pedro trajo al viaje.»

«Esto dice el zapatero de enfrente apurando un enorme vaso, y tú creyéndolo de buena fé lo pones en venta. Nuevos percances. Por mayor no hay quien le compre, pues los concejales del pueblo vecino tienen el consumo y no les acomoda vino que admite tan poca agua; al por menor no lo consienten en tu casa de campo, porque ellos tienen el abasto. Si no lo has de tirar, hazte corredor en las villas cercanas, y tendrás la misma; busca corambre y arrieros, y llévalo, ¿dónde? ¿Al extranjero? Mas fácil fuera subirlo á la luna; porque aunque tu pueblo dista poco de la costa, los caminos son tan agradables, que bien pudiera tardar tres meses la recua y llegar derrengados desde el liviano hasta el trasero. A la capital con el caldo; prepara otra bodega, corre y recorre oficinas para el depósito, paga contribucion de subsidio por la decorosa industria de tu taberna, saca licencia para que no te echen encima el código penal á la primera riña, gratifica á los agentes por abrigar despues de la queda á los que tratan tal vez de robar tu casa, y en moneda de cobre y á pellizcos reembolsarás lo que has ga tado en buena plata.

«Está vendido el género; casi sales la ida por la venida; mas como te contentas con un módico interés, adelante pudieras salir con tu viña si esto fuese todo. ¡Ay, que echas la cuenta sin la huésped! es decir, sin lo que todo español está obligado á pagar para sostenimiento de las cargas de la nacion, y en particular los cosecheros de vino! Primero la contribucion directa, que te sale al veintidos por ciento de supuestos productos líquidos, pues no alcanzando á cubrir el cupo el doce, para no faltar á la ley suben las oficinas la riqueza imponible, con lo cual te encuentras en las plantillas con que tu majuello produce casi casi lo que te costó, no sin notable satisfaccion tuya; segundo, los guardas municipales que sirven para escoltar al alcalde y á sus hijos cuando van de colegio y para destrozar tus olivos armando perchas con el objeto de cazar zorzales y tordos; tercero, gastos municipales y provinciales, que son los que Dios quiere y consiente y se emplean en lo que saben pocos; cuarto, el riego con sus composiciones de acequia y sus interdictos, y su nulidad en los años que hace falta; y quinto, que vale por todos, los innumerables arbitrios para beneficencia, correos, consumos, caminos, etc., etc., etc., porque yo creo que tal es el odio que hacia los vinateros ha tenido todo gobernante ilustrado y humanitario, que se ha de celebrar un tratado para que contribuyan (los de España se supone) á la construccion del telégrafo que se proyecta sobre el Devalagiri, para avisar cuándo come el Preste Juan.

«Estos arbitrios sin perjuicio del derecho que se paga á la hacienda; de modo que valiendo una arroba de vino cuatro reales, se espande por diez y medio. Pero en cambio, para tu satisfaccion, los empleados en indirectas te harán una visita mensual y un aforo, te apremiarán todos los dias, pagarás del bueno como del malo, de las heces y del claro. Y si lo quemas, invitarás al visitador para que sirva de arquitecto y dirija la colocacion del alambique en sitio tal, que no puedas sin telescopio fiscalizar las operaciones de tus criados; y esto no te librará de avisar cuándo enciendes el hornillo, cuándo hierve el agua, cuándo se apaga la lumbre, *et sic de ceteris*, y vendrá uno del resguardo, reconocerá con malos modos la máquina, consumirá mas caldo que la caldera, te perseguirá á las criadas, te romperá el alcohómetro, y no te dejará un momento tranquilo...

«Después de tanto gasto y tan grandes molestias, ¿qué te queda? La pena de haber trabajado para aumentar la *consignacion* de tu provincia, sin que por esto te halles libre de ladrones, ni recibas cartas á tiempo, ni dejes de ser acosado por los pordioseros, ni puedas ir á tu pueblo mas que por el camino real de perdices que desde la conquista existe abierto por la huella de los transeuntes.

«Vende pues la viña si no quieres quedarte en medio de ella como nuestro padre Adán; qué mala si aprecias en algo tu bolsa y la paz de tus dias: así tambien servirás á la sociedad de la templanza, y á la humanidad por los siglos de los siglos. B. T. M.

M. DRUNKER.»

Leyendo esta carta, como soy primerizo en esto de viñas, he venido á deducir, paisano querido, ó que mi amigo el de allende miente como un bellaco y no sabe un palote de lo que por aquí pasa, ó que todos los gobernantes y empleados que han contribuido á recargar los vinos con tanta socaliña y arbitrio, son filantrópicos agentes de las sociedades de la templanza establecidas por esos mundos de Dios, y por consiguiente que nos equivocábamos al creer que tales asociacio-

nes no existian por acá, y debemos respetar sus humanitarias intenciones, aunque arranquemos las viñas, lo cual cuesta un ojo de la cara, para no ser el blanco de su justo encono.

J. JIMENEZ-SERRANO.

A ZELINDA.

PRESO Y AUSENTE.

ROMANCE.

Ausente, y en tierra ajena,
sin la luz de tus luceros,
entre garamantas fieros
arrastro ruda cadena,
Y el alma en tí, bien que adoro,
cantando engaño mis penas,
como al son de sus cadenas
el cautivo en grillos de oro.
Tiempo fué (¡tiempo dichoso!)
cuando libre y prosperado,
gozando ufano tu lado,
viví en plácido reposo.

Otra aura no respiraba
que la que tú respiraste:
luz que tú no reflejaste
mis ojos nunca alumbraba.

Como en espejo brillante
en tus ojos me veía,
y en ellos tu amor leía,
cual ellos mi fé constante.

Mas aquí ¿qué ven mis ojos,
sino sombra y soledad,
horror en vez de beldad,
y en vez de contento enojos?

Perdido tan gran tesoro,
no hay bien que mi mal no aumente:
te adoro como presente,
y como ausente te lloro.

La imaginacion celosa
te me retrata en mil modos,
para mi tormento todos,
y de todos siempre hermosa.

Ya con labio encantador
cautivas las atenciones;
ya robando corazones
rindes y matas de amor.

Ya, penosa y fugitiva
á la margen de la fuente,
disertas al son bullente
de su plata fugitiva (1).

¡Oh momento crudo y fiero
de la triste despedida!
De allí no perder la vida,
de mil y mil muertes muero.

Fijo en mi alma clavado
tengo aquel ¡ay! lastimero
que tras el adios postrero
bebí de tu labio helado.

Aun, en lágrimas deshecho,
parece que repetidos
oigo el son en mis oidos
y el eco en el hondo pecho.

De tu afecto y tus enojos
para tierna y fiel señal
me dejaste en tu cendal
una perla de tus ojos:

Que, lloradas de pasion,
anegan con pena esquivada
lágrimas de sangre viva
que arranco del corazon.

Tal á fuentejilla pobre,
si precisa en sus cristales,
ahogan en sus raudales
las ondas del mar salobre.

(1) Alusion á la fuente de la Plata en Chiclana.

Hundióme la dura ausencia
en un negro calabozo
cuando me arrebató el gozo
de tu divina presencia.

Llorando me halla la aurora,
llorando me deja el sol,
cuando su grato arrebol
las nubes apenas dora.

Y ya hubiera fallecido
á no alentarme el tener
esperanza de volver
á verme á tu cuello asido.

En tanto, de angustias ciega
se consume el alma mía :
un día alcanza á otro día,
y el de mis dichas no llega.

¡Ay! ¡cuándo querrán los cielos
que goce en eternos lazos
el regalo de tus brazos
y la luz de tus ojos!

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

(Copia sacada de un original escrito y firmado por el autor.)



AUTOPSIA DEL CEREBRO DE UN PESCADOR DE CAÑA.

Tal es el asunto del grabado de fantasía que tienen á la vista los lectores del SEMANARIO. Usurpando el dibujo el dominio del poeta y del novelista, pretende hacer con su lápiz el análisis de las ideas fugitivas é incoherentes que pueden atravesar por la imaginación en un momento rápido. Preciso es convenir en que el capricho del artista ha sido en esta ocasión estravagante hasta el último extremo. Nada mas original que la cabeza de ese pescador de caña, cuyos contornos la dan el mayor aire de candidez posible, pero en la cual hace el lápiz que bullan los pensamientos mas incoherentes, las escenas mas raras y los dramas mas sangrientos; hay allí una mezcla grotesca de instintos y de ideas, cuyo análisis gráfico es en esta ocasión preferible á una descripción larga, gracias al talento del artista que ha sabido hacer de un dibujo insignificante á primera vista, un jeroglífico complicado, y de curiosa explicación.

Pasando una noche un Mr. de Turena por las murallas de París, cayó en manos de una cuadrilla de ladrones que detuvieron su coche.

Habiéndoles prometido cien luises de oro para que le dejaran una sortija que valia mucho menos, se la dejaron. Uno de los ladrones tuvo atrevimiento al otro día de ir á su casa, donde se hallaba con muchas personas distinguidas, le llamó aparte, y le dijo que cumpliese su palabra. El vizconde le mandó dar el dinero, y antes de contar el caso á los que le acompañaban, dejó se pasase bastante tiempo para que el ladrón pudiese estar lejos, y cuando lo hubo contado dijo: que las promesas eran inviolables, y que un hombre de bien jamás debía faltar á su palabra, aunque la hubiese dado á un bribón.

Tres estudiantes que caminaban montados en unos pollinos encontraron á tres señores que iban á caballo.—¿Cómo van los asnos? les preguntaron.—A caballo, respondieron los estudiantes.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra